

SEMBLANZA DEL ESCRITOR BANILEJO

HÉCTOR COLOMBINO PERELLÓ

(2da. edición)

NATACHA FÉLIZ FRANCO



SEMBLANZA

HÉCTOR COLOMBINO PERELLÓ

SEMBLANZA
HÉCTOR COLOMBINO PERELLÓ
(2da. edición)

NATACHA FÉLIZ FRANCO

Baní, Provincia Peravia
República Dominicana, 2019

Título: **Semblanza del escritor banilejo Héctor Colombino Perelló**
© **Natacha Félix Franco**
2da. Edición

Agradecimientos al Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH)
al Centro Cultural Perelló y a la Mediateca Héctor Colombino Perelló

Todos los derechos han sido reservados. Está prohibida la reproducción total o parcial del presente catálogo, por cualquier medio o soporte, sea mecánico, electrónico, físico o digital. Se deberá concebir los permisos de lugar por parte del órgano creador o la escritora Natacha Félix Franco.

Domingo Guzmán
Diseño y diagramación

Editora Búho, S.R.L.
Impresión

ISBN: 978-9945-16-930-0

1,000 ejemplares.

Impreso en República Dominicana.

Índice

Dedicatoria.....	7
Presentación de <i>Juan E. Báez Melo</i> , editor de la primera edición.....	9
Héctor Colombino Perelló y el costumbrismo Por <i>Manuel Mora Serrano</i>	11
Entrañable.....	16
Héctor Colombino Perelló.....	19

IN MEMORIAM

Al Dr. Marcos Aurelio Guerrero Berrube
banilejo distinguido, ciudadano ejemplar, hom-
bre de noble corazón y de singular inteligencia,
como testimonio de gratitud por la sincera y
constante amistad que me brindó desde la
infancia.

Q mi luz pudiese
Natach Veliz
en su mayor corazón
Calderón

Dedicatoria

*A la memoria de Mercedes Perelló -Doña Mello-,
la persona que amó y cuidó a don Héctor desde que era un niño.*

*A mis amigos
Ángela Herrera y Luis E. Bernabel
Sembradores de esperanza en tiempos de sequía.*

Presentación de Juan E. Báez Melo, editor de la primera edición

Dos son las razones que, de manera principal, nos han decidido a colaborar para la publicación de este trabajo. La primera es la admiración que sentimos por don Héctor, persona que, con sus libros se ha encargado de mantenernos vivos el orgullo de ser banilejos.

La segunda, es un atrevimiento: es la creencia de que la autora de esta obra, si no sucumbe ante el cansancio, si continúa trabajando, será una digna continuadora de don Héctor; continuará, a nuestro entender, trillando el camino iniciado por Francisco Gregorio Billini, seguido por Sigfrido Objío, don Héctor Colombino Perelló y Dagoberto Tejeda, este último uno de los pocos y buenos folcloristas nacionales.

Natacha Félix Franco completa el ciclo de los escritores costumbristas de Baní, de la provincia Peravia, que es la que más escritores de este género ha dado al país.

Le exhortamos pues, a continuar su trabajo que, aunque orgullo especial de los hijos de Baní, es también orgullo para todos los dominicanos.

La puesta en circulación de la primera edición de este opúsculo tuvo lugar el 27 de octubre de 1996, en el Centro Parroquial de Baní.



Natacha Félix Franco

El periodista Radhamés Villar, fungió como maestro de ceremonias. En la mesa, Luis E. Bernabel, Juan E. Báez Melo, Iván Peña, Natacha Félix Franco, Virgilio Castillo, Manuel Valera, y Guillermo Castillo.



Héctor Colombino Perelló y el costumbrismo

Manuel Mora Serrano

Natacha Féliz Franco es una joven periodista banileja que pertenece a la Asociación de Arte y Cultura de la Provincia Peravia desde 1987; ha publicado una semblanza del escritor banilejo Héctor Colombino Perelló (Impresora Soto Castillo, Baní, 1996, 24 pp), donde se perfila como una escritora con mucha gracia y eficiencia comunicativa; ahí retrata a esa personalidad vigorosa del costumbrismo nacional, sin cuya obra sería imposible rehacer la zona banileja que ha sido inspiración de la mayor parte de su voluminosa obra, que, ahora mismo se editará completa (ha salido el primer tomo) en tres volúmenes.

En compañía del investigador maño Héctor Brea Tió, visitamos al ilustre banilejo el domingo 22 de febrero y aunque aquejado de artritis terrible que casi lo ha invalidado, su mente está más lúcida que nunca y nos dispensó una acogida fraterna que concluyó al caer el día, cuando por indicación suya nos fuimos a Las Tablas, al cerro de San Martín de Porres, donde conocimos al constructor y especie de curador, nieto de holandés, Félix Barías, nativo de Las Salinas de Puerto Hermoso. Pero esa es otra historia.

Pues bien, Natacha Féliz Franco, hace una semblanza, como dijimos, llena de gracia y salpicada de buen humor; ese socarrón humor banilejo que Rafael Herrera expresara con la invención de su “sotorriéndose”, ese reírse por dentro del isleño, aunque el Perelló es catalán y ya sabemos la chipa de estos y es un caso curioso, porque regularmente las monografías biográficas se escriben después de la muerte.

Hay un detalle anecdótico premonitorio: el padre del escritor le regaló un anillo cuando niño, indudablemente de oro; pero él esperaba juguetes y machacó el aro con una piedra. Fue algo simbólico: el anillo es el narigón de buey que ata al hombre y la mujer en matrimonio y Colombino no casó.

Baní y Héctor Colombino son, además un caso único: el de una comunidad que admirando y respetando a uno de sus talentos literarios, se haya esforzado para retenerlo. Ahora mismo el Ayuntamiento lo ha designado presidente de un comité local.

Ahí, semi-tirado en su cama o en silla de ruedas, ha concluido con muchos dolores su tercera novela: “Un pedazo de cielo”, cuya prueba de imprenta me obsequió y que, al empezar a leerla, me ha atrapado, y espero comentar en otra oportunidad.

Precisamente de estas cosas quería hablar. El costumbrismo de Colombino Perelló (lleva ese nombre por haber nacido 12 de octubre, en 1922) le ha permitido, no solo obtener nombradía nacional e internacional en el género, sino forjarse un estilo lleno de claridad; de ahí que sus cuentos y novelas tengan como eje central a su Baní y a sus habitantes; da gusto leerle y conversar con él, porque sobre todo, la mayor parte de los datos y detalles que da, uno sabe que ha sido fruto de observaciones personales o de informaciones que él ha considerado fidedignas.

Lo más interesante del costumbrismo es que muchos de los actores o están vivos o tienen a parientes y conocidos en el lugar y no se puede “inventar” gratuitamente en este género.

Muchos lo llaman “género chico” por su ineludible localismo; empero, cuando se trata de un escritor de la estirpe de Héctor Colombino Perelló y de unos pueblos laboriosos como los que incluyen la ciudad de Baní y sus poblados aledaños (él es nativo de Matanzas de Noria), uno siente que ambos son importantes y que sería una lástima grande que pueblos y gentes no encontrasen a su relator; es lamentable que las demás comunidades del país (exceptuaríamos, en parte, a Barahona, Azua, Santiago, La Vega, San Pedro de Macorís, Jánico, Mao, Neyba, San Juan de

la Maguana, Hato Mayor, La Romana, Duvergé, Samaná, Puerto Plata, Bonao, y alguna que otra que no recuerde ahora), no cuenten con personajes como Colombino, aunque en su género y por ahora, es el único en el país: nadie ha tenido su paciencia, su constancia y su fijación.

Muchos no hemos dejado las estampas de nuestros pueblos en libros, por desidia, y otros no lo han hecho por comparonearía, porque no quieren verse encasillados como “costumbristas”, porque anhelan los reconocimientos “universales”. Dios sabrá quiénes vivirán más, si los humildes colombinos amantes de su pueblo y sus gentes o los orgullosos dones nadies de nuestras comarcas con ínfulas de genio y sabelotodos.

Publicado en el periódico El Siglo, el sábado 28 de febrero de 1998, en su columna “Revelaciones”.

Manuel Valera



Revelaciones

Héctor Colombino Perelló y el costumbrismo



MANUEL
MORA
SERRANO

Natacha Félix Franco es una joven periodista banileja que perteneció a la Asociación de Arte y Cultura de la provincia Peravia desde 1987; ha publicado una "Semblanza del escritor banilejo Héctor Colombino Perelló" (Impresora Soto Castillo, Baní, 1996, 24 pp), donde se perfila como una escrituora con mucha gracia y eficiencia comunicativa;

ahí retrata a esa personalidad vigorosa del costumbrismo nacional, sin cuya obra sería imposible rehacer la zona banileja que ha sido la inspiración de la mayor parte de su voluminosa obra, que, ahora mismo se editará completa (ha salido el primer tomo) en tres volúmenes.

En compañía del investigador maeño Héctor Brea Tió, visitamos al ilustre banilejo el domingo 22 de febrero y aunque aquejado de la artritis terrible que casi lo ha invalidado, su mente está más lúcida que nunca y nos dispensó una acogida fraternal que concluyó al caer el día, cuando por indicación suya, nos fuimos a Las Tablas, al cerro de San Martín de Porres, donde conocimos al constructor y especie de curador, nieto de holandés, Félix Barías, nativo de Las Salinas de Puerto Hermoso. Pero esa es otra historia.

Pues bien, Natacha Félix hace una semblanza, como dijimos, llena de gracia y salpicada de buen humor, ese socarrón humor banilejo que Rafael Herre-

ra expresara con la invención de su "so-torriéndose", ese reírse por dentro del isleño, aunque el Perelló es catalán y ya sabemos la chispa de éstos y es curioso, porque regularmente las biografías biográficas se escriben después de la muerte.

Hay un detalle anecdótico premonitorio: el padre del escritor le regaló un anillo cuando era niño, indudablemente de oro; pero él esperaba jugarlo y machacó el aro con una piedra. Fue algo simbólico: el anillo es el narigón de buey que ata al hombre y la mujer en matrimonio y Colombino no casó.

Baní y Héctor Colombino son, además un caso único; el de una comunidad que admirando y respetando a uno de sus talentos literarios, se haya esforzado para retenerlo. Ahora mismo el Ayuntamiento lo ha designado presidente de un comité local.

Ahí, semi-tirado en su cama en silla de ruedas, ha concluido con muchos dolores su tercera novela: "Un pedazo de cielo", cuya prueba de imprenta me obsequió y que, al empezar a leerla, me ha atrapado, y espero comentar en otra oportunidad.

Precisamente de estas cosas quería hablar. El costumbrismo de Colombino Perelló (lleva ese nombre por haber nacido un 12 de octubre, en 1922) le ha permitido, no sólo obtener nombre nacional e internacional en el género, sino forjarse un estilo lleno de claridad; de ahí que sus cuentos y novelas tengan como eje central a su Baní y a sus habitantes; da gusto leerle y conversar con él, porque sobre todo, la mayor parte de los datos y detalles que da, uno sabe que han sido fruto de observaciones

nales o de informaciones que él ha considerado fidedignas.

Lo más interesante del costumbrismo es que muchos de los actores o están vivos o tienen a parientes y conocidos en el lugar y no se puede "inventar" gratuitamente en este género.

Muchos lo llaman "género chico" por su ineludible localismo; empero, cuando se trata de un escritor de la estirpe de Héctor Colombino Perelló y de unos pueblos laboriosos como los que incluyen la ciudad de Baní y sus poblados aledaños (él es nativo de Matanzas de Noria), uno siente que ambos son importantes y que sería una lástima grande que pueblos y gentes no encontrasen a su relator; es lamentable que las demás comunidades del país (exceptuáramos, en parte, a Barahona, Azua, Santiago, La Vega, San Pedro de Macorís, Jánico, Mao, Neyba, San Juan de la Maguana, Hato Mayor, La Romana, Duvergé, Samaná, Puerto Plata, Bonao y alguna que otra que no recuerde ahora), no cuenten con personajes como Colombino, aunque en su género y por ahora, él es único en el país: nadie ha tenido su paciencia, su constancia y su fijación.

Muchos no hemos dejado las estampas de nuestros pueblos en libros, por desidia, y otros no lo han hecho por comparonería, porque no quieren verse encasillados como "costumbristas", porque anhelan los reconocimientos "universales". Dios sabrá quiénes vivirán más, si los humildes colombinos amantes de su pueblo y sus gentes o los orgulloso dones nadies de nuestras comarcas con ínfulas de genio y sabelotodos.

(Manuel Mora Serrano es abogado y escritor).
El Sepe Sabido 28 febrero 2008

Entrañable...

Fue un regalo del Señor el que Don Héctor Colombino Perelló se mudara a pocos metros de mi casa, en Baní. Era el año de 1987 y había comprado ejemplares gastados de dos de sus libros, uno de los cuales traía una fotografía que me permitió reconocerlo mientras pasaba por su vivienda; lo vi sentado en su eterna mecedora, que luego cambiaría por una silla de ruedas, observando la calle a través de una puerta de hierro, y me apresuré a saludarle emocionada, él cálido y gentil, como siempre fue, me integró a su vida de inmediato, invitándome a participar de sus tertulias dominicales y, honrosamente luego a ser fundadora del taller literario que llevó su nombre.

Su impacto en la vida cultural de Baní fue notorio desde entonces, y en la mía propia. Puso su biblioteca a mi disposición y me sirvió de “conejiillo de indias” en muchas de mis tareas universitarias. Así surgió la semblanza que escribí sobre él, cursando el tercer cuatrimestre de comunicación social. Este texto, sin proponérmelo, se convirtió para él en su testamento de agradecimiento al Comité que le rescató de situaciones incómodas en Santo Domingo y lo retornó a su terruño querido, comprándole una casa. Don Héctor minuciosamente se dedicó a darme todos los detalles y nombres de las personas e instituciones que hicieron esto posible, muy afanoso de que todos fueran incluidos, y fue quien desde el primer momento me dijo que debíamos publicarla, incluso sugirió colocar una foto, que a él le encantó, que le había tomado el periodista Arsenio Nivar; deseo que fue

cumplido finalmente cuando el librero Juan Baéz Melo, patrocinó la publicación a través de la Librería La Trinitaria, en 1996.

Aquejado de artritis desde muy joven, debido a un trastorno del metabolismo, don Héctor me contaba cómo la pasión por escribir lo hacía levantarse en medio de un ataque para ir hasta su máquina, casi a rastras; esto explica su obra tan fecunda, que recoge aspectos trascendentales del pueblo de Baní desde los años veinte hasta mucho después de la mitad del siglo XX. Nadie pensaría que antes de escribir sus mejores crónicas, habría guardado su talento por veinte años, en parte porque no quería ser utilizado por la dictadura trujillista y porque tuvo que dedicarse por completo a trabajar en la Secretaría de Obras Públicas; pues luego de tener una vida acomodada las dificultades económicas de su familia, incluyendo la enfermedad de su padre, lo alejaron de la literatura.

La última vez que nos vimos, ya postrado en cama, tomó mis manos fuertemente entre las suyas temblorosas, y me vio a los ojos: “Tienes que continuar, nunca te detengas”, palabras que aún hoy abrigan los deseos más caros de mi corazón. Partió dejándonos con la certeza de que ser banilejo es una profesión de la que se graduó con honores, y atendiendo a esto el Centro Cultural Perelló (Escondido, Baní) le tributará un homenaje el próximo miércoles (5:30 p.m.). Allá estaremos con nuestros mejores recuerdos.

.....
Este artículo fue publicado por la autora en el periódico Listín Diario, el domingo 23 de marzo de 2014. El acto homenaje tuvo lugar el miércoles 26 de marzo.



Héctor Colombino Perelló

A don Héctor lo encontramos siempre sentado en su mecedora, de cara al Baní que le arrancó catorce libros de sus entrañas. A sus 73 años con dolencias de artritis y aquejado de alta presión, parece haber aprendido desde mucho antes, el mensaje que diera el poeta Tony Raful a los jóvenes en una ocasión: “Que siempre sea primavera en sus corazones”.

Don Héctor regala muchas flores en cada sonrisa, en cada palabra suya dicha con ese sentido del humor tan propio, tan original, y eso es porque no se ha quedado con el tiempo, porque es un viejo con corazón de joven. En su casa de la calle Santomé número cinco, modelo del Baní de los años veinte de concreto armado, reestructurada al Baní de hoy sin cielo raso y con plato se siente complacido con las múltiples muestras de afecto que le profesan los amigos que le visitan

Pese a su imposibilidad para caminar y por lo tanto llevar una vida activa, pues solo camina lo necesario en su casa y apoyado por un bastón, no se ha alejado del mundo, su presencia es una fuerza viva que late. Y aunque no puede integrarse como quisiera a las actividades culturales a las que ha dedicado gran parte de su vida, estas no se realizan sin su consulta previa.

Hacemos un comentario en su casa respecto al ruido proveniente de la calle bajo un sol vigoroso que parece secar hasta la brisa; confundiéndonse nuestras voces con las canciones de los mofles y las bocinas, y responde que no le gusta la quietud, que prefiere aquel alboroto a sentirse solo, por lo que cuando no está conversando o leyendo su pensamiento se mezcla con el trajinar

de las gentes que pasan por su puerta. Le agrada escuchar los diversos taconeos que le sacan notas discordantes a la acera, el ruido estrepitoso de carros y motores en un pasar incesante que solo se apacigua muy entrada la noche; y hasta los golpes que dan los chiquillos revoltosos en el toldo que hace que el sol se detenga y no entre a su sala.

Sentada a su lado recibo sus palabras cálidas con una voz acoplada y bien timbrada que podría calificarse de “sabrosa”, con ese toque mágico en la expresión que solo pueden tener los hombres de su talla. Su mirada es atenta y está pendiente de lo que le digo, y entre el calor sofocante de la mañana, aliviado por un abanico, discurren las palabras y las bromas que por momentos distorsionan el motivo de mi visita.

Observo su rostro delicado, de pocas arrugas, su pelo canuco y fino bordeándole las orejas, la falta del mismo en el centro de su cabeza, y no puedo menos que pensar que es hermoso; hermoso por fuera y por dentro. Reímos entre un comentario y otro hasta que le pido, dándome cuenta de que era hora de empezar a cuestionarlo, que me hable de su niñez. Se apresura a calificarla de “feliz”. “Me criaron como un príncipe”, dice, y enseguida se le encienden los ojos como de cristales y su sonrisa se hace amplia.

Sin hacer mucho esfuerzo por hurgar en el pasado, porque parece que lo lleva siempre consigo, sin desconsiderar ningún detalle, refiere inmediatamente que nació en Baní, el 12 de octubre de 1922, día del “Descubrimiento de América”, y que por eso le llamaron Héctor Colombino. “Mi madre era una mujer muy dulce y espiritual, se llamaba Mercedes Oliva Guerrero; le gustaba leer y me transmitió su gusto por la lectura”. Y recuerda emocionado los días en que ella lo sentaba en su regazo para leerle los versos que publicaba los lunes el periódico Listín Diario. Su pasión por la poesía se fue gestando desde esa época.

De su padre Manuel de Jesús Perelló Riera, nos revela que era un hombre muy estricto, tanto así que su cédula tenía el número uno por haber sido el primero en obtenerla. Era un acaudalado

comerciante y con la misma responsabilidad que se conducía en la vida privada, llevaba las riendas de los negocios que poseía. De su padre heredó la responsabilidad y la honradez.

Siendo el menor de seis hermanos, se convirtió en el más mimado del hogar. Nunca se pelearon entre sí y resalta la armonía y la tranquilidad que reinaba en su casa, ubicada a pocos pasos de la Catedral Nuestra Señora de Regla, frente al parque Marcos A. Cabral. Era un niño rubio, gracioso, de apellidos tradicionales y perteneciente a la alta sociedad; todos le querían y colmaban de regalos, sobre todo las damitas que gustaban de su presencia. Ni él ni su familia se jactaban por vivir en tan espléndidas condiciones. “Tampoco éramos racistas”, dice señalando un marcado prejuicio de entonces.

Nos cuenta con jocosidad y cierta picardía el único hecho que de niño hizo y que ha quedado registrado en la historia de su vida como una travesura mayor. Con la sonrisa leve que le traen los recuerdos, mirar su cara es como mirar a ese niño. Su padre acostumbraba a ir de compras a Santo Domingo para surtir sus negocios y siempre traía obsequios para la familia; a don Héctor era costumbre traerle juguetes, pero en una oportunidad le trajo un anillo que le causó mucho disgusto. Frustrado por el juguete no recibido se fue al patio, tomó una piedra y destruyó el aro; su mamá lo regañó, pero ocultó lo ocurrido al padre dado su carácter recio. Tan impregnado le quedó este hecho en la memoria que desde entonces se rehusó a usar prendas y solo con el paso de los años aceptó un reloj en su muñeca.

Los primeros libros que leyó habían pertenecido a su abuelo materno Fidel Guerrero, nativo de Matanzas, quien al morir dejó su biblioteca en manos de su hija Mercedes Oliva; leía con tanta vehemencia que a los diez años había desarrollado una pasión increíble por la lectura.

A los trece años ya compraba libros a editoras españolas y latinoamericanas, quienes se los hacían llegar por barcos, libros que se dispersaban entre sus amigos a quienes se los prestaba

gustosamente en un afán de extender su amor por la lectura a los demás.

Los cuentos de las mil y una noches y las novelas de aventuras que leyó por estos tiempos le despertaron su interés por la narración; y más tarde con la lectura de los clásicos del Siglo de Oro y de las obras de los escritores españoles de la generación del 98, adquirió la sencillez que luego reflejaría en su producción literaria. Fueron también positivas las orientaciones respecto a la selección de lecturas que le diera don Rafael Herrera, quien atendía la librería propiedad de su padre, don Favio Herrera, y donde don Héctor compraba libros.

A los 17 años era un joven delgado, fiestero y flirteador, pero se distinguía de los demás por su admirable inteligencia y sus vastos conocimientos sobre todo en literatura. A esa edad ya participaba en la vida bohemia y nocturna de Baní. Cuando hubo terminado sus estudios primarios en la Escuela de la Sabana, hoy escuela primaria Ana Reyes de Pérez, pasó a ser estudiante libre y presentaba sus exámenes en la Escuela Normal de San Cristóbal, donde junto a seis compueblanos lograban obtener siempre las mejores notas.

Estos jóvenes sintiéndose en plena capacidad para enseñar promovieron la formación de la Escuela Normal de Baní en el año 1941. El Ayuntamiento se hizo responsable del alquiler de la casa ubicada en la calle Nuestra Señora de Regla, número 41, donde hubo de funcionar, siendo posible ese sueño. Fungieron como profesores los siete estudiantes sobresalientes y otras personas capacitadas que se ofrecieron, como ellos a enseñar gratuitamente. Estos compañeros de estudios eran Armando Cruz Peña, Aurelio Guerrero Berrube, Ramón Herrera Cabral, José Melchor Herrera Cabral, Gregorio Pimentel Díaz y Mateo Díaz Tejeda, quienes luego se hicieron profesionales.

Para la feliz realización de esta idea dio gran impulso el Dr. Raúl Abreu Miniño, quien se desempeñó como director y profesor. Don Rafael Herrera y la Sociedad Renacimiento que pre-

sidía el Dr. Félix Peguero Lora, también ofrecieron su estimable concurso. Esto contribuyó a que se creara en Baní un auge por los estudios; y aunque pronto se dio cuenta de que no tenía suficiente paciencia para ser profesor, don Héctor siempre fue tolerante y se preocupó por enseñar lo mejor posible.

Su incursión en el periodismo

Si tuviéramos que creer en el destino, su incursión en el periodismo pareció algo predestinado, pues surgió al azar de las conversaciones con un amigo. Resulta que siendo don Héctor presidente de la Sociedad Letras, que tuvo vida durante los cinco años que la presidió, fue invitada una compañía de teatro capitaleño que dejó decepcionado al público banilejo acostumbrado a ver las buenas actuaciones de los artistas locales. Esta sociedad agrupaba a todos los muchachos con inquietudes artísticas, los cuales publicaban trabajos literarios en el semanario Ecos del Valle y presentaban obras de teatro utilizando como escenario el cine Enriqueta.

Don Héctor escribía y dirigía las obras de teatro, aunque también presentaban obras de otros autores locales, nacionales y extranjeros. Y así, comentando con ese amigo sobre aquella “estafa” teatral, éste le sugirió que escribiera un artículo. Escribió a partir de entonces con regularidad en Ecos del Valle, hasta que comenzó a trabajar en él de manera romántica, sin pago, porque era la época en que las cosas se hacían por “amor al arte”. Su compadre, el periodista Fernando Herrera Cabral fue quien lo invitó a ingresar a la redacción del periódico.

Escribía artículos, reportajes, y realizaba entrevistas, logrando gran aceptación en los lectores. Era el tiempo de los seudónimos y el suyo era Juan del Valle.

Siendo muy joven aún, en los años cuarenta, don Héctor mantuvo amistosas relaciones con distinguidos intelectuales españoles exiliados en el país, que estuvieron en Baní; especialmente con el poeta y escritor Baltasar Miró, con quien colaboró

en su revista literaria *Ágora* y en su sección “*Las Artes y las Letras*” que publicaba en *Ecos del Valle*.

Su primer libro

A los veintitrés años publica su primer libro “*Cuentos de sol y sombras*”. “Era un libro pequeño, con cuatro cuentos, pero la experiencia fue maravillosa”. Fue editado en la imprenta de la familia Herrera Cabral, donde se imprimía *Ecos del Valle*. Para don Héctor este gesto fue a la vez un pago y reconocimiento al trabajo que venía realizando y que no tardó en reconocer Luis María Herrera “propulsor del deporte en Baní”, quien administraba el semanario.

Contado esos mismos años resulta favorecido con una beca creada por el Gobierno para estudiantes sobresalientes; ingresando en 1946 a la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Su vocación por esta carrera le vino por su relación con las letras, aunque sentía que su verdadera inclinación era hacia la medicina; de niño decía quería ser médico como el catalán Juan Perelló, que fue uno de los primeros médicos que hubo en Baní, pero al ir creciendo desarrolló una aversión inexplicable por las heridas que le hizo desistir de ponerse la bata blanca.

El surgir de las dificultades

“El año 1948 fue de amarguras y decepciones”, relata sin perder ecuanimidad en la voz y sin que se advierta un solo hilillo de tristeza. Su papá que permaneció 17 años con serios quebrantos de salud, por este tiempo empeoró, lo que sumado a la mala situación económica que venía desarrollándose desde 1940, agudizó la situación al tener que enfrentar estos gastos médicos. No podía sostenerse económicamente en Santo Domingo y, sin embargo, hubo de convertirse en el sostén económico de la familia, comenzando a laborar en la Secretaría de Obras Públicas. El horario le colindaba con el de la universidad, y tratando de llevar ambos a

la vez, el Secretario de la institución le detectó dos faltas; y luego de que don Héctor le explicara los motivos, este secamente le dio un ultimátum: “Usted trabaja o estudia”.

De ahí en adelante se consagró a su trabajo. “Tuve que retirarme de la universidad, y la pasión por la literatura comenzó a disminuir”, explica. El régimen de Trujillo fue parte decisiva de ese abandono. Cuando llega a Santo Domingo es reconocido como un novel escritor talentoso y de muchas perspectivas. Mantiene además relaciones con escritores y poetas de la época, y sabe que estos tienen que servir al tirano si quieren preservar sus vidas. A esto se suma el asombro que le causa la opresión y el maltrato de la política existente, que se revela ante sus ojos quitando la nube rosa que había llevado de la provincia.

Si agregamos a esto a la crisis, a la ya mencionada crisis económica que le hizo renunciar a todos los sueños que las comodidades le ayudaron a forjar de niño, encontramos a un don Héctor decepcionado, que prefiere callar, y en efecto su pluma no habla sino dentro de veinte años.

Cuando se fundó el diario El Caribe en 1948 su director, el norteamericano Stanley Ross, por recomendaciones de don Rafael Herrera le pidió a don Héctor que entrara a formar parte del cuerpo de redactores de ese periódico. No aceptó él esa atractiva propuesta porque ya había decidido mantenerse en el anonimato como intelectual.

En la Secretaría de Obras Públicas se desempeñó como Auxiliar Especial del Secretario, Oficial Mayor, y Encargado de la Oficina Administrativa de la Dirección General de Carreteras. En todo el tiempo que estuvo trabajando su honradez se puso a prueba, pero nunca se permitió nada que no estuviera dentro del marco de la Ley. En el año 1976 por problemas de salud fue pensionado. La honradez con que desempeñó su trabajo y los amigos que hizo y que aún hoy conserva, lo hacen sentir satisfecho de esta etapa de su vida.

Su enfermedad

Don Héctor vino al mundo con un trastorno del metabolismo que consiste en la eliminación del alcaptona, o sea del ácido homogentísico. Esta sustancia en contacto con el aire se oxida y confiere a la orina un color negro; entre un millón de personas, una sola padece de este trastorno que es hereditario, y quienes lo padecen generalmente sufren de artritis. A don Héctor, desde su juventud la artritis le ha deformado sus articulaciones.

En el año 1957 sufre serios problemas cardiovasculares y dos años más tarde se intensifican los ataques de artritis que le afectan por siempre las articulaciones y la columna vertebral. “He pasado mi vida sufriendo fuertes dolores físicos a cada rato; ha sido un infierno para mí en ese aspecto, pero mi fe en Dios me anima a vivir”, refiere con voz parca sobre un tema que casi siempre obvia, porque en sus conversaciones los temas tristes tienen poca cabida.

“Nunca pensé que yo duraría tanto tiempo vivo”, dice, y su rostro por breves instantes se viste de seriedad y cuenta de su régimen estricto en las comidas, las pastillas que toma religiosamente y los cuidados pertinentes que en una persona de su edad nunca están de más.

El regreso a la literatura

Después del ajusticiamiento de Trujillo (1961) el semanario *Ecos del Valle* sale de un largo período de receso; esta vez funge como director Sergio Germán Medrano, un destacado abogado banilejo que para ese entonces era un joven con muchas inquietudes intelectuales; compartía la dirección del periódico con el Dr. Ramón Herrera Cabral.

Germán publica en cuatro números consecutivos los “*Cuentos de sol y sombras*”, precedidos de una introducción que halaga a don Héctor y en una ocasión que visita Baní se reúne con los directores del semanario para agradecerles las publicaciones; am-

bos lo invitan a colaborar con el periódico, siéndole nueva vez abiertas las puertas de Ecos del Valle. Tan motivado regresó a la capital que una tarde en que llegó de trabajar se sentó frente a su máquina y escribió: “Los apuros de un turista en su pueblo”, artículo donde contrasta la época en que transcurrió su niñez con el Baní un poco cambiado que veía en sus visitas.

Escribir este artículo para él fue el despertar de su vena literaria dormida. Cuando terminó de escribirlo se alegró de ver que conservaba la sencillez y pizca de humor que siempre caracterizaron sus escritos. “El artículo causó un impacto tremendo”, así que continuó desenterrando añoranzas en una columna que llamó “Baní en los años 20 y 30”, que más tarde, en el año 1972, publicaría en un libro con ese mismo título.

Después de esta obra eminentemente costumbrista, como casi todas sus obras; su pluma se enciende y publica un año más tarde, en 1973, “*Cuentos Banilejos*”; luego “*Baní en los años 40*”, en 1975; y en 1978 publica dos obras: “*Gentes y cosas de Baní*” y su primera novela “*La Jaula*”, la cual terminó de escribir bajo los efectos de un fuerte ataque de artritis. De su cama se iba con gran dificultad hasta donde estaba su máquina portátil, no pudiendo resistir las palabras e imágenes que se agolpaban en su mente. Escribir para él ha sido una pasión “incontrolable”, y generalmente lo hacía de un tirón.

“Escribir para mí era como tragar un helado”, refiere con una sencillez que no le permite caer en la jactancia; y agrega: “Ahora me veo obligado a escribir más lento, debido a mi edad y a mis achaques”.

La dictadura de Trujillo es el motor que impulsa la novela “*La Jaula*” que se desarrolla en este tiempo. Don Héctor preocupado siempre de que los jóvenes conozcan las crueldades de esta tiranía no pierde la oportunidad de mostrarla como lo que fue, calificándola de “tan amarga y desesperante que a veces da la impresión de que es una pesadilla lo que se cuenta de ella”.

“*Recuerdos de Baní*” es su séptimo libro y sale a la luz públi-

ca en 1982. Su segunda novela “*Suena un hueco*” se imprimió en 1986, también referente a la dictadura trujillista. En 1990 publica “*Conceptos de escritores y poetas sobre Baní*”, y de próxima publicación son: “*Yo, el desconocido*”, que es autobiográfica, además de “*Episodios banilejos*” y “*Décimas*”, que recoge su producción de poesía popular. Trabaja además en una novela sobre temas de actualidad titulada “*Un pedazo de cielo*”.

La llegada a Baní

“Eran circunstancias muy adversas las que padecía en la capital, yo no tenía recursos para pagar el alquiler de la casa donde vivía, además el sitio donde estaba ubicada se inundaba cuando llovía, lo que me hizo perder muchísimos libros y documentos”. En esta situación desfavorable lo encontraron su amigo de infancia el Dr. Aurelio Guerrero y su otro gran amigo el periodista Freddy Aguasvivas, quienes se propusieron llevarlo a Baní, comenzando una campaña para comprarle una vivienda.

Al Comité presidido por Guerrero se sumaron otras personalidades, siendo finalmente el objetivo conseguido, gracias a los aportes de la población de Baní y específicamente al vigoroso apoyo del Lic. Adalberto Lora y la financiera Baninfisa; del Sr. Franklín Díaz y la financiera Intercambio Monetario, S.A.; del entonces síndico municipal Luis Peña Peguero; del odontólogo genealogista Manuel Valera; de los banilejos residentes en Santo Domingo encabezados por el Dr. Sergio Germán Medrano, el periodista Miguel Franjul, el Ing. Julio Mariñez, y el intelectual José Miguel Germán; y por el valioso respaldo que le dieron en Puerto Rico los ingenieros Pachín Ramírez y Víctor Cabrera.

El periodista Wilson Suazo, los periódicos La Verdad del Sur y el Serie 3, dirigidos por Freddy Aguasvivas y Miguel Guerrero, respectivamente, ofrecieron amplia ayuda con su publicidad. El Dr. Onésimo Guerrero y otros amigos de don Héctor respondieron generosamente desde Nueva York y Boston. “Esta casa es un orgullo para mí. A ningún intelectual de provincia sus cote-

rráneos le habían regalado una casa en esa forma, solamente con Juan Bosch y Pedro Mir lo hicieron, pero eso fue en la capital”.

Es así como en julio de 1987 llega don Héctor a su amado terruño acompañado de su inseparable hermana Mercedes Pelló de Pimentel y de su cónyuge Andrés Pimentel Guerrero. Su sueño de siempre era venir a Baní a recorrer sus calles y sus campos, mezclarse y convivir con la gente. Es lo único que no ha podido hacer, pero en cambio ha recibido el cariño y la admiración del pueblo que le quiere.

Don Héctor padre de todos

“Si se mira bien puede apreciarse que mi vida sentimental se quedó a media luz, como dicen las letras de un viejo tango argentino”, esto lo dice sonriendo.

En el curso de su vida amorosa no estableció ninguna unión formal ni engendró hijos, pero en todo tiempo de su edad adulta ha actuado como un buen padre. En la capital dio protección, educó e inculcó sus valores espirituales a niñas y niños que hoy ya adultos corresponden con su cariño llamándole padre.

“Soy viejo, pero me adapto a los cambios, tolero mucho, no censuro a los jóvenes porque cada generación actúa diferente a la pasada”. Es esta quizás la mejor razón, la que justifica todos los hijos que florecen a su alrededor después de su llegada a Baní.

La preocupación por los jóvenes es permanente en él a quienes exhorta a estudiar, porque ahora hay mayores facilidades, y a “alejarse de las drogas y cualquier vicio esclavizante”. Y precisamente un grupo de jóvenes de la Asociación de Arte y Cultura de la Provincia Peravia reconociendo en él todas esas preocupaciones, así como su dedicación y apoyo a la actividad cultural, le honran dedicándole la primera Feria del Libro y la Cultura de Baní, que se realizó en 1990 del 3 al 11 de marzo, con motivo del 226 aniversario de la fundación de la ciudad.

Don Héctor nos habla de su satisfacción: “Fue un gran honor que recibí en esa ocasión, y tuvo una gran significación no solo

para mí sino para todos los banilejos porque ya se ha institucionalizado debido al éxito que se logró con ella y al entusiasmo de la gente ante tal acontecimiento que por primera vez se efectuaba en Baní”.

“A tal punto ha calado ya ese evento-continúa-que todos los años se espera con el mismo interés y entusiasmo que se reciben las fiestas patronales”.

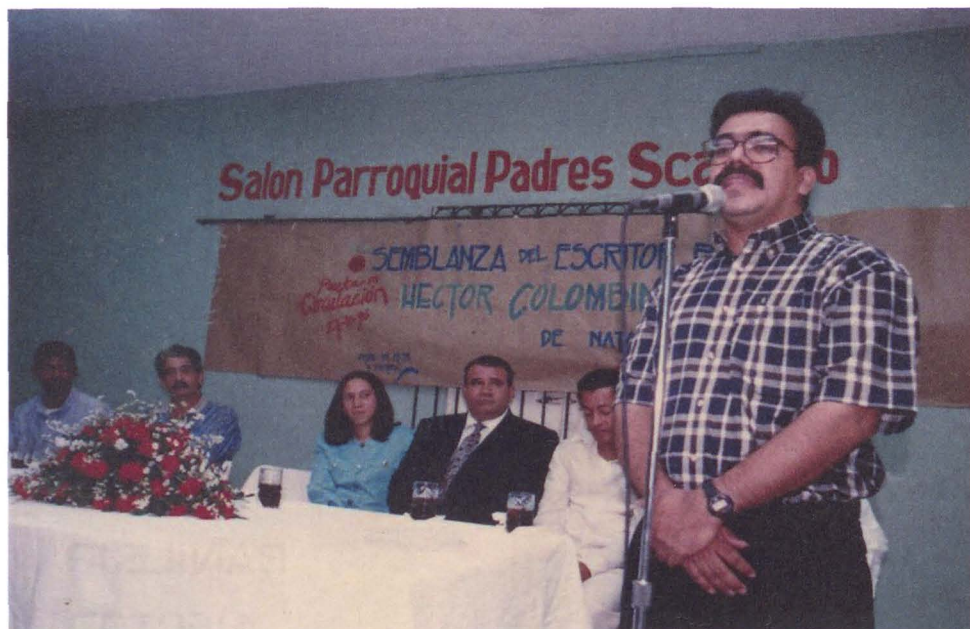
Don Héctor está en su Baní querido, en la tierra que más ama; Baní tiene en él al más devoto de sus hijos; y parece que por largo rato será como cuando era un niño, el viejo-joven más mimado de los banilejos.

.....
**Esta semblanza fue publicada por primera vez con los auspicios de Librería La Trinitaria, en octubre de 1996.*

NATACHA FELIZ FRANCO

**SEMBLANZA
DEL ESCRITOR
BANILEJO
HECTOR
COLOMBINO
PERELLO**





Iván Peña



Fernando Herrera Cabral



Guillermo Castillo



Público



En la Biblioteca Municipal de Baní, en un acto de premiación de un concurso literario de la Asociación de Arte y Cultura de la Provincia Peravia: El profesor Wilson Peña, el profesor Carlos Mckinney, Luis E. Bernabel, Héctor C. Perelló y Natacha.

César González Celado





Juan Báez Melo, Natacha Félix Franco, Julio Pimentel, Alma Medrano, Michael Alonzo, Francia Díaz, Julia Medrano, Ceferino Eugenio Ortiz, junto a Héctor C. Perelló.

Natacha Félix Franco, Juan Báez Melo, y Héctor C. Perelló, en su casa.





Juan Báez Melo, Héctor C. Perelló, Luis E. Bernabel

Natacha Féliz Franco y Cristian Herrera, en la casa de Héctor C. Perelló.





Max Báez, Juan Báez Melo, Cristian Herrera, Francia Díaz, junto a Héctor C. Perelló.

Semblanza del escritor banilejo
Héctor Colombino Perelló
de Natacha Feliz Franco
consta de 1,000 ejemplares y se imprimió
en Editora Búho, en el mes de enero de 2019,
en Santo Domingo, República Dominicana.

F 928
C718F
Ej.3
AGN-024547

Natacha Féliz Franco, hace una semblanza, como dijimos, llena de gracia y salpicada de buen humor; ese socarrón humor banilejo que Rafael Herrera expresara con la invención de su “sotorriéndose”, ese reírse por dentro del isleño, aunque el Perelló es catalán y ya sabemos la chispa de estos y es un caso curioso, porque regularmente las monografías biográficas se escriben después de la muerte.

*Manuel Mora Serrano,
narrador, ensayista e investigador dominicano.*

